

punzon con que grababa sobre la tabla ó la piedra sus pensamientos, y se valió de aquellos para aplicarlos á medios mas manuales, la vitela, el *papyrus* y el papel. Gutemberg vino luego á perfeccionar este maravilloso agente de la ilustracion que asegura la civilizacion moderna. ¡Pero qué! ¿cuánto hoy alimenta la actividad de la industria y maneja el comercio no lo suministran los vastos dominios de la Historia natural? Un insecto originario de la China es quien trabaja esas ricas telas de seda que los progresos de las artes y del comercio han hecho hoy casi vulgares. Otro insecto es quien produce ese magnífico color de púrpura que mereció ser elegido como distintivo de la autoridad imperial. Esas piedras brillantes que adornan la delgada oreja, el enhiesto cuello ó la delicada mano de nuestras mugeres fueron cogidas entre las arenas á la sucia marga de algun rio de la India. La almohada de pluma sobre que se recuesta muellemente está rellena á espensas de un ave de las regiones polares. La voluptuosa otomana en que la veis tendida es de una madera cortada en los bosques del Brasil. La pluma que cae lánguidamente al rededor de su rostro fué arrancada á la poética ave del Paraíso. La fecunda patata, cuyo cultivo se estiende hoy por todo el mundo como la mejor esperanza del pobre, nació en las fértiles praderas del Perú. La infusion que vemos tan abundantemente en las mesas de nuestros cafés, ó es de la pequeña haba de un arbusto de la Arabia ó de la hoja lanceolada de una planta de la China; y está dulcificada con la médula de otra planta que aprendieron de los negros á esprimir los compañeros del inmortal Colon. Las frutas mas gratas á nuestro paladar fueron traídas de lejanos países y aclimatadas á costa de grandes sacrificios y cuidados: la viña, que contiene ese veneno tan seductor, es originaria del Archipiélago; la cereza, del Asia menor; la naranja, de la China; el melon, de la Persia; la granada, del Africa. De las flores que esmaltan nuestros jardines, y aumentan la belleza de la fresca doncella, muchas han venido tambien de distantes regiones conducidas por algunos de sus apasionados: el Oriente nos ha enviado los ranúnculos y las anémonas; la China, las peonías y los jazmines; la América septentrional, la brillante lobelia; el Japon, la régia magnolia; el Brasil, las pasionarias; Méjico, las dalias; Busbesque nos trajo la suave lila; Gesner, el hermoso tulipan; Rovin la acacia falsa, que borda las orillas de nuestros paseos. ¿Y hablaremos todavía de los innumerables objetos que consuelan al hombre en las dolencias á que está sujeta la mísera condicion humana? de las raíces de la zarzaparrilla y de la jalapa, ó de la corteza prodigiosa del quino, que corta en pocas horas la fiebre que nos devora? de los bálsamos que destilan varios árboles como el mejor específico de las heridas? y del gran número de sales que estrahe la química de los vegetales lo mismo que de las tierras? Nada hay, en fin, de cuanto es útil al hombre que no salga de ese inmenso laboratorio de la naturaleza.

Y no se piense que solo las producciones mas visibles, los fenómenos de mayor espectáculo le intere-

san. Eso seria decir que el Criador habia hecho en balde la mitad de la naturaleza, cuando nada hay en ella que no desempeñe una importante y necesaria mision. Grandiosa es la perspectiva que nos presenta el mundo en un hermoso dia de verano, colgando de la bóveda celeste la fulgente lámpara del sol como para alumbrar á todos los vivientes: llena está de misterioso encanto una de esas noches tranquilas en que se ofrece á nuestra vista la colgadura del cielo bordada de brillantes, cubriendo la tierra adormida: el mar alborotado, queriendo romper las murallas de arena que le aprisionan; las vastas llanuras cuyo término se esconde á nuestra vista, y las soberbias montañas que van á ocultar su blanca cabellera tras de las nubes; el fragoroso volcan arrojando al cielo sus fuegos y vomitando sobre la tierra la ardiente espuma de las lavas, son sin duda cuadros magestuosos que revelan al mas ignorante la grandeza del Supremo Artífice. Pero no desprecieis por pequeños esos seres humildes que se arrastran por el suelo, ó apenas perceptibles que vagan en el aire, quizá es en ellos donde mas tiene que admirarse su sabiduría. Proveeos de un microscopio y observad el arador: en el conjunto de sus articulaciones hallareis la regularidad del animal mas perfecto y distinguireis con claridad los ojos, tan minuciosamente formados como los vuestros, la trompa con que se nutre, el estómago que elabora su alimento, los órganos de reproduccion y traslacion, el instinto preciso para buscar lo conveniente á su existencia, y la inteligencia necesaria para huir lo dañoso. No pienseis esa asquerosa oruga, que mañana, encerrada en su capullo, os hilará la seda que vestís, y trasformada luego en brillante mariposa, la vereis requebrando en vuestro jardin á la flor que guarda el dulce néctar de que se alimenta. Haced abstraccion de la araña, si su vista os repugna; pero deteneos á examinar la red que tiende á la incauta mosca, y decid si ha llegado artífice alguno á la delicadeza de su trama. ¿No os asombra ver cómo la molesta pulga da saltos millares de veces mayores que el espacio de su cuerpo? ¡Ah! que si sois descreído ó vuestra fé se debilita, estos seres baladíes os demostrarán mejor que otro alguno la existencia, la sabiduría y la omnipotencia de Dios! Porque ¿puede ser obra del acaso la armonía que une todos los miembros de cualquiera de esos seres, á propósito al destino que les está señalado? La relacion que existe entre el aparato nutritivo, el de reproduccion y de movimiento de cualquier animal ¿puede ser un conjunto fortuito y conservarse en sus leyes propias por un ciego impulso? ¿Es el acaso quien ha establecido los sexos y creado esa ley maravillosa de relacion que los físicos llaman atraccion, los químicos afinidad, simpatía los fisiólogos, espíritu de asociacion los políticos; nombres todos de un mismo fenómeno entre los diferentes cuerpos de la naturaleza, palabras que se comprenden en otra mas espresiva y universal: el amor? ¡Santo amor! llama divina, lazo de la creacion, manantial de vida! Tú penetras en el corazon del avaro como en el del ardoroso mancebo; tú amansas las fieras; tú